

CRONISTAS DE LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO

Beatriz SANZ ALONSO
Universidad de Valladolid

«Pues como esta navegación sea tenida por admirable y jamás, en tiempo alguno, desta nuestra edad ni menos de las edades pasadas de nuestros mayores, no haya seido no solamente hallada otra semejante, pero ni aun tentada por persona alguna, determiné de escribir todo su curso...».

(Carta de Massimiliano Transilvano)

El 26 de octubre de hace quinientos años, a las dos naos que quedaban de las del Maluco les sorprendió una tempestad tan pavorosa que fueron necesarios tres santos: santo Elmo en la gavia, como un hachón; san Nicolás sobre la mesana, y santa Clara sobre el trinquete para aplacarla, cuenta Pigafetta¹.

«Falta por decir por dónde volvió la *Victoria*. Porque al cabo de tres años, menos pocos días, contados desde su partida, volvió por otro camino, dejándose en el viaje a todos los principales por sucesos infortunados. Pero esta empresa inaudita hasta el presente y jamás intentada desde el principio del mundo, la llevó a cabo esta nave, dando la vuelta a un paralelo entero, a toda la tierra. Si esto lo hubiese realizado un griego, ¡qué no habría inventado la Grecia acerca de esta novedad increíble! Dígase qué es lo que hizo la nave de los argonautas; la cual, sin avergonzarse ni reírse, cuentan supersticiosamente que fue llevada al cielo. Si reflexionáramos lo que hizo esa nave, saliendo de Argos al Ponto, llegó a Oretes. Y Medea con sus héroes: Hércules y Teseo. Jasón no sé lo que hizo. La gente no sabe aún qué fue de aquel vellocino de oro. Y el trecho de camino que hay de Grecia al Ponto lo han aprendido los muchachos de las gramatiquillas. La uña de un gigante es mucho mayor que esa distancia. (...).

Si yo hubiera de referir las cuitas, los peligros, la sed, el no dormir, el trabajo miserable de estar sacando día y noche el agua que se les entraba por grietas y agujeros, tendría que alargarme demasiado. Baste con esto: en aquella nave, con

(1) «Un sábado por la noche, 26 de octubre, costeando Beraham Batolach, nos sorprendió una tempestad pavorosa; por lo que, invocando a Dios, arriamos todas las velas. De súbito, nuestros tres santos se aparecieron, rompiendo la oscuridad: Santo Elmo coronó la gavia más de dos horas, como un hachón; San Nicolás sobre la mesana; Santa Clara sobre el trinquete. Prometimosles consagrar un esclavo a cada uno de ellos y entregar también a los tres su respectiva limosna» (p. 127). La edición por la que cito es PIGAFETTA, Antonio: *Primer viaje alrededor del mundo* (ed., Leoncio CABRERO), Historia 16, Madrid, 1985.

más agujeros que una criba llena de ellos, los dieciocho que trajo, más macilentos que matalón rocín, dicen que anduvieron vagando en tantas vueltas, que navegaron catorce mil leguas aquí y allá»².

Cuando la nao *Victoria* torna, dice el rey a los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla, en real cédula:

«... vos mando que, luego que esta recibáis, enviéis todos los libros y escrituras que en esa Casa hobiere e quedaron al tiempo que se despachó el armada de que fueron por capitanes Hernando de Magallanes y Juan de Cartagena, al descubrimiento de la Especería y cualquier otra relación tocante a esto, así de salarios de gente y mantenimientos como lo demás, tomando vosotros relación de todo ello, para que tengáis cuenta de los salarios que se han de pagar a las personas que fueron en la dicha armada y della han venido, y las otras cosas que convengan, que vosotros tengáis. Y, asimismo, me enviad todas las relaciones y escrituras que vos entregó el capitán Juan Sebastián Del Cano, capitán de la nao *Victoria*, y los padrones y relaciones del viaje y descubrimiento que hicieron. Lo cual todo traiga Domingo de Ochandiano, a quien yo envío por otra mi carta a mandar que venga a mí para cosas de mi servicio. De Valladolid, a diez días de octubre de quinientos y veinte y dos años. Yo el Rey. Por mandado de su majestad, Francisco de los Cobos».

Asimismo, en acuse de recibo a la carta de Elcano, el rey le ordena que «luego que esta [carta] veáis, toméis dos personas de las que han venido con vos, las más cuerdas y de mejor razón y os partáis y vengáis con ellos donde yo estuviere (...) y, cuando viniéredes, traeréis con vos todas las escrituras, relaciones e autos que en el dicho viaje avéis fecho (...). 9 de noviembre de 1522». Así pues, tanto al monarca como a su cronista y a su secretario les interesan dos acciones: una, recabar toda la información y todos los escritos sobre el viaje y, otra, divulgar la gesta. Para recabar dichas noticias, tanto Transilvano como Mártir de Anglería hablaron con cuantos volvieron de la navegación. O sea, con los testigos.

A esos testimonios de vida se añaden, posteriormente, el diario de Ginés de Mafra, la declaración de Martín de Ayamonte, la propia carta de Elcano, el testimonio de los que tornaron en la nao *San Antonio*, el de aquellos que estaban presos de los portugueses, y el derrotero de Francisco Albo. Noticia novelada y posterior tenemos, asimismo, del veneciano Pigafetta, que quizá no participara en el viaje, pero lo que sí es seguro es que trató con los marinos que tornaron; marinos que habían tomado nota de usos, costumbres y lenguas. Cuando fondeó la *Victoria*, en ella volvían los mejores navegantes del planeta; los únicos que conocían la navegación del planeta entero.

Si bien tengo serias dudas sobre la participación en el viaje de Pigafetta, en honor del rigor científico he de decir que, en uno de los documentos de Fernández de Navarrete, este explica que en los «Apuntes de los gastos que

(2) MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro: *Décadas del Nuevo Mundo*, «Quinta década», cap. VII.

causó la descarga de la nao *Victoria*. (Hállase en los Extractos de la colección de D.J.B. Muñoz)», aparece un «listado de las cajas, costales, etc. que trajeron particulares. Se nombran algunos de los que vinieron en la nao *Victoria* y son: el capitán, el piloto, Juan Rodríguez de Huelva, Antonio de Pigaffetis ...». Ahora bien, aun sin dudar de que embarcara, de lo que no hay duda es de que su relato no es veraz.

¿Quiénes fueron estos contadores de la historia y cómo la hemos conocido?

A Pedro Mártir de Anglería, en 1518, el monarca lo incorporó a los asuntos indianos y le nombró consejero de Indias. Dos años más tarde le encomendó las funciones de cronista real de Castilla, a partir del 5 de marzo de 1520, con un sueldo anual de 80.000 maravedís. Como historiador del Nuevo Mundo, a lo largo de más de treinta años compuso las *Décadas de Orbe Novo*, escritas con carácter epistolar y dedicadas al cardenal Ascanio Sforza, el cardenal Luis de Aragón, el conde de Tendilla (su protector), Adriano VI, el arzobispo de Cosenza («para que se la entregue al Pontífice»), el vizconde Francesco Maria Sforza (duque de Milán) y el papa Clemente VII.

Fue tal la capacidad de los españoles en viajes, descubrimientos y relaciones con los indígenas, que en la *Década tercera* le escribe al papa León X:

«Beatísimo Padre: En este mundo sublunar, cuantas cosas dan a luz algo, apenas lo han hecho, o cierran el útero, o por lo menos descansan durante algún intervalo de tiempo. Pero nuestro Nuevo Mundo todos los días procrea y da de sí nuevas producciones sin cesar, por las cuales los hombres de ingenio y aficionados a las cosas grandes pueden tener a mano continuamente con qué alimentar su entendimiento. ¿A qué viene esto? dirá Vuestra Beatitud. Apenas yo había puesto en orden lo que aconteció a Vasco Núñez de Balboa y a sus compañeros de armas en la exploración del océano austral (para enviarlo a Vuestra Beatitud por medio de Juan Rufo de Forlì, arzobispo de Cosenza, y por Galeazzo Butrigario, Nuncios de Vuestra Sacra Sede Apostólica, y en la actualidad despertadores de mi dormido ingenio), cuando me encuentro con cartas de Pedro Arias, el que el año pasado dijimos que se dio a la mar con un ejército y armada con rumbo a aquellas tierras nuevas».

Esta inmensidad de lo nuevo, este mundo desconocido en el que todo es posible es el que propicia que tanto sus coetáneos como nuestros contemporáneos tomen la novela de Pigafetta como un documento histórico.

No es Anglería un frío expositor de cuanto recoge con respecto al Nuevo Mundo, sino que comenta los hechos, los compara e, incluso, expone con sorna su parecer sobre algunos de los acontecimientos que relata. En las *Décadas* explica las visitas que le hicieron y las cartas y documentos que leyó con relación a cuanto se refiere en su obra, a los que agrega nuevas referencias; incluso rectifica algunos errores cometidos por la vaga información que le sirviera de fuente. Por primera vez, en sus escritos se recogen

palabras indígenas y nombres de lugares geográficos y de la fauna y flora aborígenes.

Copias de las *Décadas* circularon entonces, tomándolas de los originales o bien facilitadas por el propio autor, que después se fueron multiplicando. De hecho, él mismo manifestaba al papa Clemente VII que tenía que remitirle sus escritos enseguida, porque se veía obligado a «complacer a varones insignes que me los piden». Y por eso, por la mucha difusión que tenían, también se apropiaron otros de su obra, firmando como propia la obra ajena. Y así, dice:

«Por esto me maravilló de que cierto Luis Cadamusto, de Venecia, escritor de las cosas de Portugal, haya escrito sin vergüenza acerca de las cosas castellanas: Hicimos, vimos, fuimos; cuando ningún veneciano hizo ni vio nunca cosa ninguna de aquellas. Todo eso lo ha entresacado y hurtado de los tres libros primeros a los cardenales Ascanio y Arcimboldo, pensando que mis escritos no saldrían nunca al público. Acaso también pudo haber visto aquellos libros en casa de algún embajador de Venecia; pues aquel ilustrísimo Senado envió hombres célebres a estos Reyes Católicos y yo con mucho gusto les enseñaba mis escritos, y consentía fácilmente que se sacaran copias de ellos. Como quiera que sea, el bueno de Luis Cadamusto ha querido apropiarse el fruto del trabajo ajeno. Lo que escribió acerca de los descubrimientos de los portugueses, que verdaderamente son admirables, si es que los vio, como dice, o si de la misma manera lo sustrajo a las vigiliass de otro, no me toca a mí investigarlo. Vaya con Dios».

Maximiliano Transilvano era secretario de Carlos I y desempeñó un papel nuclear en la promoción y organización de la expedición de la armada de la Especiería y en el nombramiento del navegante Fernando de Magallanes como capitán general y adelantado de la Monarquía Hispánica. Además, divulgó el éxito de la primera circunnavegación por Europa, a raíz de la carta enviada desde Valladolid, el 25 de octubre de 1522, a su protector, el cardenal-arzobispo de Salzburgo y obispo de Cartagena, Matthäus Lang von Wellenburg. En palabras de Jesús Vegazo:

«La bahía de Sanlúcar de Barrameda, la legua 0, epicentro de las grandes exploraciones del siglo XVI, se convirtió en el cosmódromo del *Cinquecento* europeo. El eco mediático del regreso de la *Victoria* levantó una enorme expectación en las cortes europeas. El humanista Corrado Vegerio o Wecker, colega del secretario del rey, escribió el 23 de agosto de 1523, desde Roma, una epístola al jurisculto del Gran Consejo de Malinas, que es el más alto tribunal en los Países Bajos de Borgoña, Francisco Cranevelt, en la que le comunicaba el desembarco de la expedición de Juan Sebastián Elcano tras su retorno de las islas Molucas:

“Esto es lo que se trata de las Molucas. Cada día, Juan Sebastián, el comandante de estos marineros, visitó a Maximiliano Transsylvanus y a su tío por alianza con Cristóbal de Haro, ambos mis amigos íntimos. Les dijo, así como se hizo y todos los detalles de la expedición. Al mismo tiempo, era lo mismo en otros lugares y en la corte. En cuanto a nosotros, habiendo aprendido que otros también se preocupaban de grabar estas narrativas en letras y prepararlas para dirigirlas a los amigos, se encuentren donde se encuentren, nos encargamos de que nuestra narra-

tiva fuera redactada lo antes posible, aunque con mucha agitación. Así, Maximiliano envió inmediatamente su carta, en forma de volumen, al cardenal de Salzburgo en Alemania. Nuestra propia relación era más corta: se cobró el primer mensajero que sale para transportarlo a los Países Bajos. Al hacerlo, solo tuvimos que complacer a nuestros amigos con una anotación de un hecho nuevo y raro, no para perseguir la más mínima ambición de editor. Por otra parte, nadie podría haber contado todo esto con más elegancia o más cuidado que Transsylvanus»³.

En realidad, lo que estamos viendo es que hay una ebullición de personajes interesados en pedir noticias a los marinos que tornaron. Y seguro que se las pedirían a los rescatados de Cabo Verde y a los supervivientes de la *Trinidad*, años después; no creo que, en ese momento, hubiera en la Corte hombres más buscados, más requeridos y más invitados que los navegantes de la *Victoria*.

Mientras que las noticias de la *Victoria*, en la obra de Anglería y de Transilvano, se difundieron inmediatamente por toda Europa, otros testimonios permanecieron ocultos por más tiempo. En la «Relación de expedicionarios, su cargo y su sueldo» embarcados para la travesía (AGI) está registrado: «Ginés de Mafra, marinero, natural de Jerez de la Frontera, marido de Catalina Martín, vecinos de Palos, ha de haber de sueldo a mil y doscientos maravedíes por mes. Pagáronsele por sueldo de cuatro meses adelantados, cuatro mil y ochocientos maravedíes». Y en la «Relación de la Gente que llevó al descubrimiento de la Especiería o Maluco», es el segundo en el listado de los marineros de la nao *Trinidad*; pero su voz, la voz del piloto en su obra, no la hemos sentido hasta 1920⁴. Mafra, a bordo de su nao, deambula por las Molucas hasta que los portugueses apresan a los diecisiete supervivientes de los sesenta originales. Solo él, junto con Gonzalo Gómez de Espinosa y León Pancaldo, lograron retornar a España. A su llegada, cinco años después, cuenta su visión de los hechos en el interrogatorio al que le someten en Valladolid y en el que el interés que prima es el comercial, el de la ruta y el de las especias, por encima del humano.

(3) VEGAZO PALACIOS, Jesús: *Maximilian von Siebenbürgen (1485-1538): la cosmovisión europea de la primera vuelta al mundo*. Centro Virtual Cervantes.

(4) Dice el editor del *Diario*: «Pocos son los relatos que se conocen de aquella expedición que realizó el descubrimiento de un paso del Atlántico al Pacífico y terminó dando la vuelta al mundo. Por esto tiene interés la publicación de la presente obra, si bien es de sentir que como se dice en el texto el autor era hombre de pocas palabras (aunque verdaderas). Se ha tomado de un manuscrito de letra de mitad del siglo XVI, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid, no siendo el original sino una copia que hizo hacia 1542 persona curiosa, y forma parte de un libro que contiene los relatos de otras expediciones. Se reproduce fielmente el texto, sin corregir ni aun las erratas indudables. Margen y silencio operan sobre este relato, la voz de Mafra queda depositada en anaques y esa “persona curiosa” que se apropia del texto para un proyectado libro, es el único rastro lector. Pero además este primer y quizás único lector anónimo cumple también el rol de editor: recibe de un “piloto”, hombre viejo, de pocas palabras y verdaderas, términos con los describe a Mafra, quien “traía escrito de su mano por relación todo el suceso de la armada de Magallanes, que como testigo de vista a todo se halló, y lo había escrito y lo dio al autor, sabiendo de él que quería hacer de todo ello un libro”».

Al tornar, después de años de ausencia, encuentra que su mujer no solo ha vendido todas sus pertenencias, sino que ha cursado todos los trámites para que se le declare por muerto. El 12 de abril de 1527 entabla una demanda contra ella porque «entretanto que él estuvo a nuestro servicio en el dicho viaje, Catalina Martínez del Mercado, su mujer le hizo adulterio con otro e se juntó y está con él so color quel dicho Ginés de Mafra era muerto».

El año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, de mil quinientos y veinte y dos, el primer día de junio, llegó a la fortaleza de Malaca, que regía Jorge de Albuquerque, un junco que traía a dos castellanos, que estaban como esclavos de un tagalo en la isla de Timor, a los que tomó declaración. La declaración de uno de ellos, Martín de Ayamonte, grumete que llegó en la nao *Victoria*, se convierte para nosotros en otra crónica del viaje. Crónica que, soterrada en los documentos del portugués Archivo del Tumbo, transcribió, en 1933, el historiador António Baião, y publicó en español, en 1936, la *Revista Chilena de Historia y Geografía*⁵.

Noticia del viaje nos proporciona también el *Derrotero* de Francisco Albo, piloto de la *Trinidad*, que recoge, como tantos diarios de navegación, las indicaciones precisas astronómicas, de vientos y corrientes, que serán necesarias para otros pilotos que realicen la misma travesía. Pero, por ser diario de navegación y no crónica, no lo trato en esta conferencia.

«Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que, sin embargo, parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho, y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen»⁶.

Este libro breve y fascinante, en el cual ya se vislumbran los gérmenes de nuestras novelas de hoy, no es, ni mucho menos, el testimonio más asombroso de nuestra realidad de aquellos tiempos. Los cronistas de Indias nos legaron otros incontables. El Dorado, nuestro país ilusorio tan codiciado, figuró en numerosos mapas durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos. En busca de la fuente de la eterna juventud, el mítico Alvar Núñez Cabeza de Vaca exploró durante ocho años el norte de México, en una expedición venática cuyos miembros se comieron unos a otros y de la que solo llegaron cinco de los seiscientos que la emprendieron. Uno de los tantos misterios que nunca fueron descifrados es el de las once mil mulas,

(5) Tomo 87 (1936).

(6) GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: «La soledad de América Latina», discurso de aceptación del Premio Nobel, 1982.

cargadas con cien libras de oro cada una, que un día salieron del Cuzco para pagar el rescate de Atahualpa y que nunca llegaron a su destino. Más tarde, durante la colonia, se vendían en Cartagena de Indias unas gallinas criadas en tierras de aluvi6n, en cuyas mollejas se encontraban piedrecitas de oro. Este delirio 6ureo de nuestros fundadores nos persigui6 hasta hace poco tiempo. Apenas en el siglo pasado, la misi6n alemana de estudiar la construcci6n de un ferrocarril interoce6nico en el istmo de Panam6 concluy6 que el proyecto era viable con la condici6n de que los rieles no se hicieran de hierro, que era un metal escaso en la regi6n, sino de oro.

Transilvano, en su carta, comienza, como era habitual en los escritos de ciencia –desde Plinio hasta el XVI–, con una descripci6n de qu6 es la Especieria, d6nde nacen las especias y en qu6 tipo de barca se transportan. Es decir, comienza ya con un conocimiento adquirido, y a partir de 6l describe el viaje; mientras que para los dem6s cronistas, como protagonistas que son, el periplo se inicia en ellos mismos, y para Angleria, como historiador, la historia empieza con la audiencia del rey a Magallanes.

Los hechos los cuentan Transilvano, Mafra y Mart6n de Ayamonte. Y, sucintamente, M6rtir de Angleria. Tambi6n tenemos hechos hist6ricos en la declaraci6n de la nao *San Antonio*, a su vuelta a Espa6a, de la que Angleria dice que «volvieron echando pestes del Magallanes». Que, por cierto, mal podr6a ser la nave que llevaba los bastimentos, como a veces se afirma, pues ellos testifican que «vinieron derechamente a este puerto [de Sanl6car], comiendo tres onzas de pan cada d6a porque les faltaron los bastimentos».

Sentados estos cronistas y estas cr6nicas, vamos a comparar algunos de los acaecimientos que narran. Hay algunos hechos en los que no coinciden; por ejemplo, en el castigo en San Juli6n. Los de la *San Antonio* dicen que Magallanes dio tratos de cuerda a varios y los descoyunt6, incluido el capell6n, porque no quer6a revelarles los secretos de confesi6n. Ahorc6 a Luis de Mendoza y a Quesada y luego los descuartziz6. Prendi6 a capitanes, contadores y sobresalientes; tortur6 en el potro a un piloto que estaba haciendo un dibujo de la derrota (como corresponde a su oficio). Y a Juan de Cartagena y al capell6n torturado los deja en «el negro puerto» con algo de vino y bizcocho, «que los juzgan por m6s mal librados, segund la tierra donde quedaron, que a los otros que hizo cuartzizar».

Pigafetta y Angleria resuelven este suceso (de tama6a gravedad) en un p6rrafo. En cambio, Transilvano le da tal importancia que arranca su descripci6n desde el inicio de las hostilidades y de las hambres, para pasar despu6s a la ruda respuesta de Magallanes en una arenga en la que llamaba a los tripulantes castellanos quejicas y d6biles, y m6s d6biles que los portugueses; dici6ndoles que no ten6an raz6n sus lamentos, pues no les faltaba agua, ni comida, ni le6a para calentarse (aunque varios perecieron de hambre y de fr6o), y que, cuanto mayores fueran las penalidades, mayor ser6a el pago del Emperador. Narra c6mo se abrieron los odios y comenzaron las peleas entre portugueses y espa6oles. En qu6 modo estos 6ltimos afirmaban que Magallanes, como portugu6s, no podr6a hacer nada que fuese glorioso para Castilla; es

decir, expone la absoluta desconfianza de los españoles en el capitán general, los cuales estaban seguros de que les llevaba a la muerte.

Estos comentarios provocaron, en palabras de Transilvano, «la saña contra los españoles», los castigos innmerecidos y desmesurados:

«E como algunos de los castellanos sintiesen con esto mucha graveza, hicieron conspiración. Y levantose contra él un capitán de la una de las naos, con todos los castellanos que en ella iban. [Y Magallanes] prendió al capitán [Cartagena] y a los principales de la conspiración y, presos, los ahorcó luego, de hecho, de las antenas de la nao, sin los oír y sin les guardar sus previllejios ni excepciones, porque siendo, como algunos dellos eran, oficiales del emperador, no podía, según derecho, hacer justicia dellos, porque solo la persona del emperador o los señores de su Consejo eran sus jueces y no él».

Es decir que, cuando se dice que Magallanes obró en ese modo porque tenía el mando absoluto, no es verdad, porque dicho mando se debía a lo que la ley castellana le permitía. Por lo tanto, cuando se justifica a Gómez de Espinosa afirmando que en San Julián seguía las órdenes del jefe, pues era el alguacil, esa justificación no tiene razón de ser; Espinosa no debería haber permitido esta acción contra Cartagena por cuanto era contraria a la legislación de los Consejos de Castilla e Indias. Así pues, Magallanes mata y apresa consciente de que no puede hacerlo; pero, como nos dicen otros cronistas, «traía muy sobornados a los suyos».

Mafra, al relatar este suceso, dice:

«Y en la otra nao, que era la más preminente, iba por capitán un Juan de Cartagena, hombre valeroso y que, por su mal, traía iguales poderes que el Magallanes (...) que, para quitar de sobre sí aquella subjección, no siguiendo ninguna astucia [excusa] sino muy abierta enemistad, quitó al Cartagena de su cargo de capitán. Mandó luego hacer justicia de los dichos capitanes, a los cuales mandó hacer cuartos, y entre ellos a Luis de Mendoza, aunque ya estaba muerto, y a Juan de Cartagena también. A un clérigo mandó desterrar y hechar en una isla, por darle mayor pena viviendo. Mandaba Magallanes ahorcar a cuarenta hombres, de los más honrados y amigos de los capitanes muertos. (...). Esta crueldad no consintió la demás gente de la armada, yéndole a la mano al Magallanes; el cual viendo que no podía salir con su intención, mudó consejo y proveyó la pena por otra menor».

O sea, no es que no los ahorcara porque los necesitaba para navegar, sino porque se le levantaron en armas, le pusieron las armas en el pecho.

Martín de Ayamonte explica que a Cartagena y al clérigo los desterró. Respecto a la desaparición de la *San Antonio*, declara que presumieron que «el piloto Esteban Gómez, portugués, había tomado preso al dicho capitán [Álvaro de Mezquita, primo de Magallanes] y había vuelto a buscar a Juan de Cartagena y al clérigo».

¿Por qué no cuenta Pigafetta con todo lujo de detalle este hecho gravísimo? ¿Porque estaba de parte de Magallanes, como se dice? ¿O porque, al no estar presente, no lo podía explicar bien?

Mafra, lacónico, narra cómo los patagones huyeron de ellos; cómo Magallanes ordenó que le trajeran a uno de los jóvenes para verlo; cómo, en persecución de ellos, comieron carne que habían abandonado en la huida, durmiendo al frío y «bebiendo nieve derretida en unos capacetes, sin más abrigo que sus lanzas», y cómo volvieron de vacío y con un hombre menos, porque lo habían matado de una lanzada en la pierna. Transilvano, por su parte, cuenta una historia fantástica de cómo se alojaron con ellos. Y solo prendieron a uno, «el cual se murió dentro de pocos días de puro coraje y sin comer ni beber». O sea que mal podía contarle a Pigafetta las cosas de su vocabulario, ni las costumbres funerarias, o que «también nuestro prisionero me informó con ademanes de haber visto al demonio con dos cuernos en la cabeza y pelos largos y lanzar fuego por la boca y por el culo».

Al llegar al Brasil, Juan Carballo rogó a Magallanes ir a buscar a su hijo que, «si era vivo, lo tomarían», dice Mafra. Anglería, toda la travesía hasta el río de Solís la resuelve en pocos renglones, sin especificar más que la derrota a grandes rasgos. Y Pigafetta, por su parte, narra lo que comieron, el tipo de animales y plantas, el intercambio de peines por pescado o por patatas. Cuenta cómo es la gente del Brasil, cómo visten, dónde viven, las referencias y comparaciones con Europa; o que comen carne humana. Y los usos de aquella gente se los describe Ioanne Carvagio, piloto que anduvo antes cuatro años por estas tierras.

Discrepan las noticias en la razón de la vuelta de la *San Antonio*: sus tripulantes alegan las discordias con Magallanes y que no navegó por el cabo de Buena Esperanza. Y en el ataque a la isla de Mactán, Martín de Ayamonte explica cómo asaltaron dos veces la isla y que fue en el repliegue de la segunda cuando cayeron en unas trampas (unas cuevas) que los isleños habían cavado, y allí, sin posibilidad de defenderse, los mataron. ¿Pudo participar Pigafetta en esta empresa, como afirma él mismo? Es muy poco verosímil.

En la iglesia de los dominicos de Vicenza, el caballero Capra hizo poner una lápida en la que se lee: *PHILIPUS PIGAFETTA, PEREGRINANDI CUPIDUS, ET ANTONII, GENTILIS SUI EQ. HIROSOLIM, QUI PRIMUS TERRARUM ORBEM CIRCUMIIT, GLORIAE EMULUS ABDITISSIMAS REGIONES ADIVIT ...* Pero su hermano Felipe Pigafetta, que viajó a África y escribió una *Historia de las Indias Orientales*, no menciona ni el viaje ni la obra de su hermano Antonio. Antonio, por su parte, afirma en la edición italiana: «Partendome da Seviglia, andai a Vagliadolit, ove apresentai a la sacra majesta de D. Carlo, non oro ne argento, ma cose da essere assai apreciati da un simil Signore. Fra le altre cose, le detti uno libro scripto de mia mano, de tucte le cose passate de giorno in giorno nel viaggio nostro».

Ocho años después de la arribada de la *Victoria*, y cuando Elcano ya llevaba tiempo muerto, Pigafetta publica una novela, a modo de crónica, en que habla de lenguas, de gentes, de costumbres, de modas, de modos, de usos funerarios, de hierbas oloríferas, de cortezas de árbol que cubren las vergüenzas, de canoas, del betel que se masca, del licor de arroz, de los palacios, de los elefantes para allegarse a ellos, de pájaros carroñeros que no comen

animales si no los han descorazonado antes, de demonios, de murciélagos grandes como águilas y de sabor a gallina, y de perlas grandes como huevos de ellas. Por supuesto, si comparamos la verdadera travesía y las fechas de ella que hace el piloto Albo en su derrotero, en su cuaderno de navegación, con las que da el novelista, veremos enormes discordancias de millas marítimas y de meses. Del mismo modo que puede comprobarse cuántos de los hechos que vivió Pigafetta se extraen de otros libros de crónicas y de viajes.

Pero que sea cierto o no es lo menos importante. Porque en ese mundo de descubrimientos españoles y portugueses, en esa base de literatura caballeresca, en esa fascinación del desvelar, todo era posible. Era tan posible que, cuando el rey don Manuel de Portugal escribe una carta a los Reyes Católicos dándoles cuenta de todo lo sucedido en el viaje de Pedro Álvarez de Cabral por la costa de África hasta el mar Rojo, les explica:

«Envió el navío a haber nuevas de la mina de Zofala, como ya detrás está dicho, el cual es ya venido y me trujo información cierta de allá y así del trato y mercadería de la tierra y de la gran cantidad del oro que allí hay. Y allí halló nuevas que entre los hombres que traen el oro allí a cuestras, vienen muchos que tienen cuatro ojos, dos delante y dos detrás. Y son hombres pequeños de cuerpo e bermejós y diz que son crueles e que comen los hombres con quien tienen guerra y que las vacas del rey traen collares de oro gruesos al pescuezo. Y cerca de esta mina hay dos islas en que cogen mucho aljófar y ámbar»⁷.

Lo importante no es que todo fuera verdad. Lo importante es que se escribiera y se creyera y se difundiera y se cantara y se contara.

Bibliografía

- BALDO, Italo Francesco: *Circumdederunt, il mondo diventa grande: il viaggio di Ferdinando Magellano-Juan Sebastián de Elcano*, Il Sileno, 2021.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv: con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la Marina Castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, Imprenta Real, Madrid, 1825-1837.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro: *Décadas del Nuevo Mundo* (ed., E. O'GORMAN, y A. MILLARES CARLO), Biblioteca José Porrúa, México, 1964.
- PIGAFETTA, Antonio: *Primer viaje alrededor del mundo* (ed., Leoncio CABRERO), Historia 16, Madrid, 1985.
- : *La primera vuelta al mundo. Relación de la expedición de Magallanes y Elcano* (ed., Isabel de RIQUER PERMANYER), Alianza Editorial, Madrid, 2019. (Magnífica edición nueva de la obra de Pigafetta.)

(7) FERNÁNDEZ DE NAVARRETE: *Colección de viajes y descubrimientos*, t. LXXVI, p. 70.